

se dejaba á estos, mediante el pago de un tributo, en posesion de sus territorios «mientras Dios quisiera;» pero á la sazón recibieron órden, primero los cristianos y poco despues (acaso el año 20 = 641) los judíos, de salir de la Arabia y establecerse los primeros en las cercanías de Kufa y los segundos en la Siria. Omar al proceder de este modo pensó seguramente que las concesiones de Mahoma solo debían considerarse como transitorias y durante el tiempo en que los musulimes no dispusieran de territorio alguno fuera de la Arabia; y en todo caso procedió segun el espíritu de Mahoma mismo cuando proclamó el principio de que en adelante no se debía consentir á ningun adepto de otras creencias en la tierra donde se habia fundado la verdadera religion. Con esto Omar se proponia convertir á la Arabia en el verdadero baluarte del Islam y de la dominacion árabe, en el mayor y mas inagotable de aquellos campamentos militares que habia fundado en todas partes en medio de las poblaciones sometidas.

Debe notarse que precisamente esta medida, que durante siglos y hasta en ciertos límites se ha cumplido sin conside-



Moneda de cobre de Jafar Ibn El-Walid, acuñada en Tiberíades, probablemente en el año 15 de la Egira (636).

Anverso: Facsímile del emperador bizantino con cruz y esfera terrestre cruzada; por debajo á la izquierda un carnero (?), á la derecha la leyenda TIBETIA (en vez de TIBEPÍA).

Reverso: En el centro el signo de la moneda M con una cruz encima, al lado derecho XAAEA (Jafar), debajo NOB, á la izquierda AAAN (tal vez dice B) Z M en vez de BO Z LM AN=Abu Suleiman, que era el primer nombre de Jafar).

racion alguna hasta nuestros días, ha marcado el fin que se habia propuesto el sagaz califa, por varias razones, harto comprensibles, de carácter geográfico é histórico, mientras que las demás disposiciones adoptadas por él, y que solo subsistieron durante muy corto tiempo sin sufrir alteracion en el sentido que él mismo les habia dado, han ejercido precisamente influencia continua é inextinguible, de modo que puede decirse sin exageracion que únicamente los restos de la antigua organizacion de Omar son los que han preservado hasta hoy de total ruina al cuarteado Estado del imperio turco. No es difícil explicarse esta aparente contradiccion.

Si hemos de dar un nombre á la tendencia á que obedecen las disposiciones fundamentales de Omar podemos llamarla una tentativa de organizar un comunismo religioso militar sobre la base de una nacionalidad. Este comunismo no fué ideado por Omar sino por Mahoma, cuyo principio de la igualdad de todos los musulimes no es ciertamente mas que una nueva expresion del propio sentimiento verdaderamente democrático que aun en el día tiene en su sangre el libre árabe. Verdad es que el Profeta habia reservado á Dios, esto es, para sí mismo, el derecho, y llevándolo á cabo aunque no sin contradiccion, de distinguir á algunas personas por medio de presentes especiales en la reparticion del botin, y del mismo modo Omar habia establecido ciertas gradaciones en la fijacion de las anualidades; pero el principio de que todos los ingresos del Estado eran propiedad comun de todos los musulimes y debían ser repartidos despues de deducidos los gastos que exigía el interés público,

es tan evidentemente comunista como el concepto de los primeros cristianos, si bien presentado con espíritu mas noble, y segun el cual se dijo: «Ninguno decia de sus bienes que fueran suyos sino que todo les era comun» (*Hechos de los Apóstoles*, capítulo IV, versículo 32). Ahora bien, esta apreciacion tenia ciertamente entre los musulimes algunos inconvenientes. El derecho á una parte del liquido producto de las rentas del Estado se decidía en teoría por la confesion de la verdadera fe, y Omar habia recomendado muy expresamente á sus lugartenientes que todo nuevo converso entrara inmediatamente en el goce de la dotacion anual. Ciertamente que el aliciente que en ello habia para la conversion estaba á menudo completamente equilibrado por la otra disposicion segun la cual ningun creyente podia poseer tierras en las provincias conquistadas. En tales circunstancias solo los pobres podían hallar beneficio material aceptando la fe de sus dominadores; al que poseía bienes inmuebles le era mas ventajoso, á pesar de los elevados impuestos, permanecer fiel á las creencias de sus padres, y así encontramos especialmente á los grandes propietarios de la Persia, hasta muchos siglos despues, como fieles guardadores de la fe y de las costumbres nacionales, en contraste mas ó menos velado con el Islam. Pero las ventajas que se ofrecían al renegado no dejaban de ser de bastante consideracion, sobre todo en los primeros tiempos: podían emplearse sus servicios en la administracion de los impuestos, para la cual era indispensable el conocimiento de las circunstancias locales y de la lengua del país, y la influencia de estos cargos no era menor que los ingresos mas ó menos ilegales que con ellos se podían obtener. Si consideramos al propio tiempo que la antigua religion de la Persia, así como el cristianismo oriental, se encontraban entonces precisamente en la mayor decadencia, no extrañaremos que en estos primeros tiempos, y en especial antes que volviese á despertar á los persas un fuerte sentimiento nacional, hiciera el Islam tan grandes progresos en los países conquistados. Todo marchó bien durante algun tiempo: el que se hacia muslim cedía su propiedad territorial á los habitantes que seguían viviendo en el que hasta entonces habia sido su pueblo, estos se encargaban de su cultivo y seguían pagando el impuesto. Pero con cada nueva conversion habia un ingreso menos para el Erario por la pérdida del impuesto de capitacion y un gasto mas por el pago de la nueva anualidad, y debía llegar una época en que estas circunstancias desequilibraran la hacienda del Estado; en efecto, ya en el año 81 (700) se vió obligado Hadschadsch, lugarteniente del califa Abdelmelik en el Irak y en Persia, á ordenar que en adelante los nuevos conversos pagaran el impuesto de capitacion. Pero no fué Abdelmelik el primero en abandonar uno de los principios fundamentales de las disposiciones de Omar: otros dos principios fueron muy poco observados algo despues de la muerte de este califa. Ya sabemos que Mahoma, en su deseo de «ganar los corazones,» solía hacer importantes regalos desde la toma de la Meca á hombres influyentes que hasta allí habian sido sus enemigos. Cuando en tiempo de Othman (23-35 = 644-656) llegaron á las esferas del gobierno aquellos hombres, á quienes el mismo Profeta habia acostumbrado á semejantes liberalidades, supieron inducir pronto al débil soberano á que fijara á algunos de ellos anualidades mas elevadas que las que les correspondían, con gran descontento de los demás, que así se veían postergados y perjudicados. Si de este modo se barrenaba la igualdad de derechos, consignada en la ley en favor de todos los musulimes, tuvo aun consecuencias mas graves el hecho de que, al mismo tiempo, no se respetara la prohibicion de poseer riqueza territorial en los países sometidos. El árabe es, por naturaleza, codicioso como ningun

otro hombre, y no era fácil que con el Islam se cambiara su modo de ser, puesto que para la propagacion de la nueva fe se habia apelado precisamente á la rapacidad de los beduinos. Así, el mismo Omar estuvo ya en lucha constante con sus lugartenientes, de los cuales ninguno apenas parecia dispuesto á ordeñar la vaca solo para el Erario; y si aquel soberano tan honrado como inflexible llevó tan lejos su celo en la aplicacion de sus principios que prohibió tanto á Amr como á Sa'ad que se edificaran casas propias en sus cuarteles generales, en cambio Othman no tenia ni fuerza ni voluntad para vigilar con demasiada severidad la gestion de sus hombres. Esto produjo por natural consecuencia que no solo en la administracion de los impuestos se robara desde luego en grande escala, y ciertamente por los lugartenientes sobre todo, sino que pronto nadie tuviera reparo en apropiarse, con consentimiento ó sin consentimiento del califa, bienes del Estado, por los cuales á lo sumo *pro formula* se pagaba un insignificante precio de arrendamiento, y de este modo se enriquecian de la manera mas descarada los poderosos y sus amigos.

Aun en otro punto debió mostrarse utópica la constitucion democrático-comunista de Omar: ni siquiera la igualdad ideal de derechos de todos los musulimes pudo mantenerse incólume ante la fuerza de los hechos. Los árabes, como todo pueblo joven y vigoroso, sentían antipatía instintiva hácia todos los extranjeros, y esta antipatía se acrecentaba en ellos por el desprecio no menos instintivo del vencedor hácia el vencido. De este modo pronto conocieron los neófitos persas y sirios que, á pesar de la aceptacion de la religion árabe, no estaban ni con mucho tan considerados como los árabes. Veíanse obligados, para ser admitidos en la comunidad de los conquistadores, á afiliarse, segun el antiguo uso árabe, á una tribu cualquiera, y tales tráfugas de origen extranjero nunca habian sido considerados, desde antes ya del Islam, iguales á los verdaderos individuos de la tribu. Apenas se encontraban en ella mejor que esclavos libertos relativamente á los hijos del desierto, orgullosos de su pureza de sangre árabe, y se veían como los libertos relegados á la situacion de clientes, permaneciendo constantemente en cierta relacion de dependencia para con sus patronos, que no hacían gran caso de ellos. Con el transcurso del tiempo no hay duda que la capacidad personal, aun en tales circunstancias, acababa por prevalecer; pero no quedaba por eso completamente olvidada la posicion subordinada del cliente, á lo menos en los primeros tiempos, siendo característico de esta situacion que hasta el mismo Tarik, conquistador de España, como cliente de Muza, á quien en verdad habia servido antes como esclavo, tuvo que dejarse maltratar de obra por su patrono.

Pero por breve que fuera el tiempo en que se practicó el sistema de Omar en toda su integridad, no hay duda que bajo la presion de su voluntad enérgica, los principios religiosos y las cualidades nacionales, que se rechazaban mutuamente, marcharon en la misma direccion durante espacio suficiente para consolidar por siglos la dominacion del Islam y de los árabes sobre las poblaciones conquistadas. La diferencia entre el creyente que manda y el no creyente, que obedece y trabaja para el señor, queda definitivamente establecida; puede variar la forma en algun detalle, pero el contenido, el espíritu del modo de ser del Estado permanece y es aun hoy día el mismo en todos los países verdaderamente mahometanos. Ciertamente que contribuyó mucho á esto la constitucion especial del ejército, que tampoco sufrió durante largo tiempo cambio alguno en su forma. Donde solo los musulimes son guerreros y los infieles ni siquiera pueden usar armas, naturalmente, debe arraigarse cada vez mas en el

trascurso de las generaciones, de un lado el orgullo varonil y del otro el sentimiento de la servidumbre, ahondándose gradualmente el abismo entre ambas capas de poblacion. Y como, por último, precisamente bajo la creciente presion de esta circunstancia la gran mayoría de los sometidos se acogió al Islam, agotándose entretanto el vigor de la raza árabe, nuevos pueblos jóvenes y fuertes imponen un yugo comun á vencedores y vencidos del Islam, y se encargan á su vez de aplicar los principios de Omar á otras naciones, ya en la India, ya en el Asia Menor, ya en la península de los Balcanes.

Pero antes de su ruina final, estaba aun reservada á los árabes una época de triunfos sin tasa y del mayor esplendor. Ciertamente que si se mira su fin y se miden los efectos de su dominacion religiosa y política segun las circunstancias del presente, debería uno inclinarse á considerar como una desgracia para la humanidad la aparicion del Islam. En realidad la legislacion de Omar obedecía muy poco á consideraciones de humanidad. Con gusto hago constar de nuevo que está tan lejos de la índole del árabe la crueldad inútil como el afán de imponer su religion á quienes por determinacion de Dios están tan ciegos que no pueden reconocer su excelitud; pero esta tolerancia despreciativa de los adeptos de otras religiones, por mas que nos parezca mucho mas soportable que la violenta furia de conversion de los celosos cristianos, implica que para el árabe la existencia de los «protegidos» no tiene valor alguno por sí misma, sino simplemente porque los creyentes dependen del producto del trabajo de los infieles. Los árabes no eran por cierto tan cándidos, sirviéndonos de una metáfora que ya hemos empleado, que fueran á matar la gallina que ponía los huevos de oro; pero tampoco supieron armonizar las condiciones económicas de los países conquistados con sus propias exigencias. Eran demasiado sagaces para no echar de ver muy pronto que una industria tan dependiente de determinados métodos de cultivo, como la agricultura del Irak y del Egipto, no podía soportar ni arbitraria inmixtion ni completo abandono, y así, por ejemplo, empezaron unos cincuenta años despues de la conquista á ocuparse en restablecer las obras de riego de la Babilonia, descuidadas por necesidad durante los años de guerra y despues por ignorancia; pero lo que no vieron fué la improcedencia de su sistema de tributacion, el cual, menos á causa de la elevacion extraordinaria de los impuestos que por el erróneo principio de tasarlos, á lo menos generalmente, sin consideracion á los rendimientos verdaderos, segun el número de individuos y la superficie territorial, y conservar siempre invariable esa tasacion, debió agotar paulatinamente hasta las provincias mas ricas, tanto mas cuanto que en muchas comarcas, guerras frecuentes exponían á las poblaciones á grandes perjuicios. Si además los habitantes de cada distrito eran responsables solidariamente del cupo del impuesto que se les exigía, esto es, que la ruina de uno solo arrastraba siempre la de todos sus convecinos, no es de extrañar en manera alguna que ya desde una época bastante temprana podamos observar el constante decrecimiento del producto de los impuestos. Pero lo que no disminuía al propio tiempo eran las necesidades de la corte y de los funcionarios, y ni aun el desarrollo cada vez mayor de la actividad comercial en tiempo de los abasidas, logró contener el rápido y progresivo empobrecimiento de la poblacion rural. Esto debía tener un fin espantoso, tanto mas cuanto que en los últimos tiempos de los abasidas varias otras causas fomentaban la disolucion del reino. No se puede pretender precisamente que la idea de Omar de hacer mantener á los musulimes por los infieles haya producido la ruina del Asia anterior: esta fué el resultado de la invasion

de los mogoles; el Egipto, á donde no alcanzó la oleada mogólica, con una prudente administracion aun hoy día estaria en estado próspero. Pero que los árabes con la rapacidad de su sistema de tributacion prepararon la ruina del país y cavaron al mismo tiempo la fosa de su propia dominacion, queda fuera de toda duda.

De todos modos, los árabes han hecho algo mas que vivir algunos siglos á costa del prójimo. En el curso de nuestra exposicion hemos hecho ya notar mas de una vez cuán enteramente carcomidos y decaidos encontró el Islam las provincias orientales del imperio griego y el Estado de los Sasanidas. En ambos existian una burocracia muy experimentada pero vetusta que no inquiria jamás las necesidades del pueblo, una situacion religiosa insostenible, una civilizacion en muchos sentidos refinada, pero á la cual no animaba ninguna elevada aspiracion. Allí cayó como un rayo el pueblo árabe, jóven, fresco y vigoroso, con los defectos y las cualidades de una raza egoista y bárbara, pero sagaz y apta para la civilizacion, y como portadora de una religion, la cual á pesar de todas las concesiones que en sus conceptos fundamentales tuvo que hacer á arraigadas costumbres nacionales, ponía término, para los monofisitas cristianos, á un culto repulsivo y libraba á los persas del yugo de una jerarquía que llevaba en sí todos los vicios de una iglesia oficial dominadora. La invasion árabe llevó nueva vida á aquellos antiguos países; hasta el descontento que debían experimentar la fidelidad religiosa y el patriotismo ante los bárbaros invasores, produjo una saludable sacudida, sin contar con la sana renovacion que comunicó á los dormidos restos de persas, arameos y coptos la vigorosa sangre de aquel pueblo vírgen. La poligamia y las continuas expediciones guerreras á las mas diversas comarcas aceleraron la multiplicacion de los árabes en los territorios conquistados en proporcion hasta entonces desconocida, y merced á la ley que vinculaba en el padre y no en la madre la legitimidad del origen, se fomentó en todas partes la formacion de castas mestizas, que en algunas, como por ejemplo en la Persia occidental y despues en España, se desarrollaron de modo muy ventajoso, y presentan el elemento fundamental árabe mas bien perfeccionado que degenerado por la mezcla de sangre extraña. Ciertamente que los árabes no podían llegar á ser un factor constante de la verdadera civilizacion: la limitacion verdaderamente semítica de sus talentos religiosos y políticos impuso todo género de pesadas cargas á los pueblos de la Edad media, y hoy día el Islam, con excepcion de algunos pueblos incultos que todavía pueden utilizarlo, es un obstáculo á todo progreso y á toda renovacion. Sin embargo, es un gran error creer que hubiera sido mejor para el Oriente que Mahoma no hubiera existido. Cuando vinieron los árabes estaban los persas precisamente ocupados en destrozarse mutuamente; el cristianismo oriental habia demostrado hacia ya siglos su completa incapacidad para civilizar aquellas comarcas; si no se ha de considerar la historia simplemente como la lucha por la existencia, en la que el mas fuerte siempre tiene razon, hemos de confesar que fué justamente un bien que los árabes prepararan allí el terreno para una nueva civilizacion, la única posible en la Edad media á pesar de todas sus deficiencias, como fué un bien que los germanos despedazaran el antiguo imperio romano. Ciertamente que en ambos casos no se procedió con mucha suavidad; pero mientras la germanizacion del Occidente condujo, no lo niego, á un sueño invernal muy sano de los pueblos interesados, los vivaces y astutos semitas fueron en cierto modo la semilla de una brillante aunque corta florescencia primaveral, que no dejó, sin embargo, de dar frutos duraderos para la humanidad. En vez de acusar al

Islam de haberse agotado prontamente, debiéramos estarle agradecidos de haber sido para nosotros el transmisor de la ciencia griega y de la cultura oriental en una época en que Alemania estaba respecto al califato de Córdoba en una relacion análoga á la de Rusia hoy día respecto á Francia.

En el año 23 (644) apenas habia llegado Omar á los umbrales de la ancianidad (1); por otra parte, su vigorosa naturaleza habia resistido mejor que las de Mahoma y Abu Bekr á las fatigas y cuidados de la accidentada vida comun, pero en medio de la grande obra de la propagacion y consolidacion del Islam fué arrebatado del mundo repentinamente por medio de una muerte violenta. Acababa de regresar de la peregrinacion á la Meca, que acostumbraba por sí mismo á dirigir todos los años, y como sucedia con frecuencia, parece que algunos de sus lugartenientes habian llegado á la capital para asesorarse personalmente con el califa (2). Entre ellos se encontraba El-Mogira Ibn Scho'oba, desde hacia poco lugarteniente en Kúfa. Era un hombre enérgico, pero sin conciencia y codicioso; no es, pues, de extrañar que un persa cristiano llamado Feros, que como prisionero de guerra era su esclavo y que á la sazón habia ido con él á Medina, se acercara al califa, un día que éste pasaba por la plaza del mercado, para quejarse de su señor, diciéndole: «¡Oh señor de los creyentes, ayúdame contra Mogira Ibn Scho'oba, pues tengo que pagar pesado impuesto!» Omar le preguntó: «¿A cuánto asciende tu impuesto?» «A dos dirhems diarios.» «¿Qué oficio tienes?» «Soy carpintero, tallista en piedra y herrero.» «No hallo demasiado pesado tu impuesto relativamente á lo que sabes hacer; además, he oido que sueles decir que si quisieras podrias hacer un molino que funcionara con el viento (3).» «Sí.» «Hazme, pues, uno de esos molinos.» «Si permanezco en salud te haré un molino del que hablarán las gentes en Oriente y Occidente.» Diciendo esto volvió las espaldas al califa, el cual observó tranquilamente á los que le acompañaban: «Creo que el esclavo ha querido amenazarme,» y se dirigió á su casa. Pero á la mañana siguiente, cuando fué á la mezquita para presidir las oraciones, se abrió camino Feros entre la multitud de los creyentes é infirió á Omar, con un puñal de doble punta cuya empuñadura estaba en el centro, seis puñaladas, entre ellas una mortal de necesidad en el bajo vientre. Luego blandió el puñal á derecha é izquierda en torno suyo y desapareció en medio de la estupefaccion general de la muchedumbre. Obeid-Allah, uno de los hijos de Omar, lo encontró algunos días despues y le mató, segun se dice, juntamente con su mujer y con su hija, que iban con él; igual suerte cupo á Hormusan á causa probablemente de la infundada sospecha de que tenia conocimiento del hecho.

Entretanto yacia Omar en el lecho del dolor, cuyos tor-

(1) Las indicaciones acerca de su edad varían entre 54 y 66 años; como parece que era todavía bastante jóven cuando se adhirió al Profeta, es muy probable que no tuviera mas de 60 años en la época arriba indicada.

(2) Se hace referencia en lo que sigue en el texto á un esclavo de Mogira que solo en la comitiva de su señor podia haber ido á la capital. El caso entre ambos podemos imaginárnoslo así: que Mogira hizo que el mismo esclavo se buscara trabajo, de cuyo producto debía entregar la cantidad mencionada. No hay que olvidar que los patronos tenían derecho á disponer con la mas amplia libertad de sus esclavos, estando obligados á tratarlos con benignidad. No se trata, pues, aquí del impuesto de capitacion sino solamente de un litigio particular.

(3) A pesar de todos los triunfos en el exterior, era Medina una ciudad en la cual la presencia de un hábil artesano persa podia ser fácilmente objeto de conversacion. En la Arabia no se conocian molinos de viento; aun hoy día se mueve allí á brazo la piedra superior del molino.

mentos soportaba con paciente fortaleza. Sabia que debia morir, y se alegró cuando le dijeron que habia sido herido por el acero de un infiel. Solo temia por la situacion en que se encontraría el Islam despues de su muerte, y solo pensó en la eleccion del sucesor, de cuya capacidad entonces mas que nunca dependia la direccion de los asuntos del Estado, dadas las siempre crecientes dificultades del gobierno. Omar conocia muy exactamente los peligros que amenazaban á la comunidad, y así lo habia demostrado en su enérgico modo de proceder con sus lugartenientes. Estaba convencido de que solo la firme adhesion á las tradiciones de Mahoma y de Abu Bekr podia conjurar aquellos peligros, y ofreció, por lo mismo, la sucesion á Abderrahman (1) Ibn Auf, uno de los mas antiguos compañeros del Profeta, á quien creía dotado de la abnegacion ante todo necesaria para la suprema dignidad. Abderrahman se habia dado á conocer como hombre valiente en las guerras del Profeta, pero de sus demás cualidades no sabemos gran cosa. Que no era ambicioso lo demostró en el acto manifestándose arredrado ante la idea de aceptar la responsabilidad que se le queria exigir y negándose á aceptar el califato. Omar no se quiso resolver á designar otro en su lugar (2) y prefirió reunir en torno de su lecho, juntamente con Abderrahman, á otros cuatro de los mas probados compañeros de Mahoma, Ali, Othman, Sobeir y Sa'ad Ibn Abi Wakkas, para encargarles que eligieran otro soberano en el plazo de tres días; si Talja, que á la sazón se hallaba ausente de Medina, llegaba en el interin, debian agregarlo al consejo y de lo contrario proceder sin él. Adoptó luego sus últimas disposiciones respecto de su familia, obtuvo de Aischa la seguridad de que seria enterrado en su casa junto al Profeta y Abu Bekr, y murió confiando en la misericordia de su Señor el 26 de Zul-hidscha 23 (3 de noviembre de 634).

De los tres fundadores del Islam, el religioso entusiasta Mahoma, el infantil creyente Abu Bekr y el enérgico y activo Omar, este último, humanamente considerado, es la figura mas poderosa y mas expresiva. Al mismo tiempo que desde el primer momento de su ingreso en la reducida falange de los creyentes comunicó al Islam su propio carácter y conquistó el respeto de los adversarios con su proceder varonil y osado, fué constantemente hasta su última hora el hombre de accion que dió valer en el exterior á las ideas y á las palabras de Mahoma; y así como seria injusto negar á Mahoma el mérito de la concepcion viva y de la feliz aplicacion de la idea religiosa á las necesidades del pueblo, tampoco se puede negar que sin Omar tal vez el Islam habria vencido por el momento en la Arabia pero no habria llegado jamás á ser la religion de medio mundo y base de una poderosa constitucion de Estados. Ya hemos observado varias veces que Omar, aun como organizador del imperio, habia tenido pocas ideas originales, habiéndose limitado casi siempre á deducir las consecuencias de los principios de Mahoma; pero la forma en que lo hizo, demuestra no solo una fuerza de voluntad extraordinaria sino tambien aquel seguro instinto al cual se revelan las necesidades de una época mas frecuentemente que á una vasta cultura ó á un metódico raciocinio, y que, por lo mismo, es el único que con propiedad caracteriza al hombre de Estado. Poseía, además, las raras

(1) Significa «siervo del Misericordioso,» como Abdallah «siervo de Dios» y Obeidallah «pequeño (esto es, humilde) siervo de Dios.»

(2) No sabemos la causa. Yo presumo que consideraba á Ali y á Othman, los dos que parecían tener mejor derecho, poco aptos, y, sin embargo, creyó injustificado, ó tal vez peligroso, en consideracion al modo de pensar de los creyentes, prescindir de los jefes de las dos familias mas principales despues que hubo fracasado su tentativa de nombrar á Abderrahman, persona simpática á ambos bandos.

virtudes de un soberano, un espíritu de justicia severo é imparcial, un golpe de vista seguro, mucho tacto para elegir sus instrumentos (3) y, por último, una abnegacion poco comun siempre que se trataba de posponer los sentimientos personales al bien de la colectividad. Al esplendor y al goce mundanos dió tan poco valor como Abu Bekr. La llaneza de su manera de presentarse y de su trato con los creyentes era, asimismo, verdaderamente patriarcal. Habia nacido para soberano y su energía, como es inevitable en tales hombres, llegaba hasta la inconsideracion y no puede negarse que tuviera cierto tinte de dureza. Naturalmente ésta se hacia sentir mas en los «protegidos,» y la historia de su asesinado es una prueba evidente del frio desprecio con que miraba los intereses de los infieles: pero este era el modo de ver de todo su pueblo y, me atreveria á decir, de toda aquella época, la cual tambien en el Occidente ofrece muchos ejemplos de igual y aun mayor barbarie en el trato de los pueblos. Ciertamente que tampoco se curaba ni de la vida ni del bienestar de los creyentes cuando se trataba de conseguir determinados fines, pero jamás el derramamiento de sangre le fué indiferente y menos agradable. La tradicion nos ha conservado, al propio tiempo que gran número de anécdotas especialmente destinadas á poner de relieve la sencillez de su modo de vivir, varios rasgos que nos pintan al soberano mas humanamente.

Es conocida la historia de que encontrándose con su libertado Aslam un día, despues de anochecer, en un paraje aislado delante de la ciudad, vió brillar á lo léjos un fuego y que al acercarse halló á una mujer acurrucada con sus pequeños, que lloraban, ante una olla suspendida sobre la lumbre. «Paz sea con vosotros, los que estais junto al fuego,» dijo el califa. «Paz sea tambien con vosotros,» replicó la mujer. «¿Puedo acercarme?» «Acércate si vienes con buena intencion, si no déjalo.» Entonces se acercó él y preguntó: «¿Qué haceis aquí?» «La noche y el frio nos tienen aquí detenidos.» «Y ¿qué tienen esos pequeños que lloran?» «Hambre.» «Y ¿qué hay dentro de esa olla?» «No tengo nada con que consolarlos y hacerlos dormir, y así he colgado la olla para hacerles creer que les está cocinando algo, esperando que de esta suerte se duerman. ¡Que sea Dios juez entre nosotros y Omar!» «Pero, buena mujer, ¿cómo puede Omar saber lo que os pasa?» «Envíó á mi marido á la guerra, donde pereció, y ahora nos encontramos los pequeños y yo sin tener que comer, mientras que Omar, que está encargado de gobernarnos, no se acuerda de nosotros para nada.» Entonces Omar, así lo referia despues Aslam, se dirigió á mí diciéndome: «¡Ven conmigo!» A toda prisa fuimos al almacen de provisiones de la ciudad y allí cogió él mismo un saco de harina y metiendo en él una bola de grasa, me dijo: «¡Ayúdame á cargar esto sobre los hombros!» Y repliqué: «Yo lo llevaré gustoso por tí cuantas veces sea necesario,» pero él me contestó: «¿Llevarás tú tambien por mí mi carga en el día de la resurreccion (4), pedazo de tonto?» Ayudéle, pues, á cargar el saco, y á paso ligero volvimos otra vez junto á la mujer. Omar echó la carga al suelo al lado de aquella, y mientras iba sacando harina y grasa, res-

(3) Naturalmente, se encontraba tambien entre sus oficiales y lugartenientes alguno que otro no muy bien reputado, como el ya mencionado Mogira; pero en los duros tiempos de la guerra solo se miraba á la aptitud de las personas y no á sus virtudes. El mismo Abu Bekr, cuya rectitud tenia todavía carácter mas humano, no creyó deber prescindir de Jaliid, á pesar de su salvaje crueldad. Hasta donde podemos juzgar, solo encontramos una vez en falta á Omar, en el año 21, cuando destituyó á Sa'ad.

(4) «Ninguna (alma) cargada (de pecados) llevará la carga de otra.» Así se dice en el Corán, cap. 6, v. 164; esto es, en el día del juicio á cada uno se le pedirá cuenta de sus propias obras.